

INT-1788



ILPES

INSTITUTO LATINOAMERICANO
DE PLANIFICACION
ECONOMICA Y SOCIAL

~~SECRETARIA (1970)~~

PROGRAMA DE CAPACITACION

Dairino

Documento DE-68

*Temas D.
Enfoque reciente*

LA REAFIRMACION DE LA HEGEMONIA NORTEAMERICANA */

María da Conceição Tavares

*/ El presente documento se reproduce para uso exclusivo de los participantes de cursos de la Dirección de Programas de Capacitación.

LA REAFIRMACION DE LA HEGEMONIA NORTEAMERICANA

María da Conceição Tavares

Hasta el año 1980 o 1981 no era razonable suponer que los Estados Unidos conseguirían reafirmar su hegemonía sobre sus competidores occidentales ni mucho menos evolucionar hacia un nuevo orden económico internacional y una nueva división del trabajo bajo su dirección. Hoy esa probabilidad es bastante alta.

Hasta fines del decenio de 1980, no se preveía que los Estados Unidos fueran capaces de alinear a dos países de importancia estratégica en el orden capitalista: el Japón y Alemania Occidental. Si los Estados Unidos no hubiesen logrado amoldar a la economía privada japonesa a su juego de intereses y si las políticas inglesa y alemana no hubieran sido tan conservadoras, los Estados Unidos habrían tenido que hacer frente a bloques europeo y asiático con pretensiones de independencia económica. Cabe subrayar que en esa época los intereses en juego eran tan visiblemente y parecía imposible que los Estados Unidos lograsen reafirmar su hegemonía, aunque siguiesen siendo la potencia dominante.

Otras circunstancias generales que se manifestaron en el decenio de 1970 parecían confirmar esa tesis. El sistema bancario privado operaba totalmente fuera del control de los bancos centrales, en particular del Banco de la Reserva Federal (FED). El subsistema de filiales transnacionales funcionaba a base de divisiones regionales del trabajo entre empresas, a contrapelo de los intereses nacionales estadounidenses, lo que agudizaba la competencia intercapitalista en perjuicio de los Estados Unidos.

En síntesis, la existencia de una economía mundial sin polo hegemónico llevaba a la desestructuración del orden vigente de la postguerra y a la descentralización de los intereses privados y regionales.

Los desdoblamientos de la política económica interna y externa de los Estados Unidos, de 1979 a esta parte, se orientaron en el sentido de invertir esas tendencias y de retomar el control financiero internacional a través de la llamada diplomacia del dólar fuerte.

Como es de conocimiento general, el presidente del FED, al finalizar la última reunión del FMI en 1979 declaró que no estaba de acuerdo con las propuestas del FMI y de los demás países miembros que tendían a mantener un dólar devaluado y a aplicar un nuevo padrón monetario internacional. Adujo que los Estados Unidos no permitirían que el dólar siguiera devaluándose como venía ocurriendo desde 1970, en particular después de 1973 con la ruptura del Smithsonian Agreement. Después de este brusco cambio de posición, los Estados Unidos anunciaron que el dólar se mantendría como padrón internacional y se restauraría la hegemonía de su moneda. Esta restauración del poder financiero del FED significó que los propios Estados Unidos y la economía mundial se sumieron en una recesión continua que duró tres años. Incluso quebraron varias grandes empresas y algunos bancos norteamericanos, aparte de que se sometió a la propia economía estadounidense a una violenta tensión estructural. El inicio de la recesión y la brusca elevación de la tasa de interés pesaron decisivamente en la derrota electoral del Presidente Carter.

Al pasar revista retrospectivamente a los acontecimientos, puede afirmarse que la política económica del gobierno de Reagan (posterior a estos sucesos) no resultó absurda para los intereses nacionales norteamericanos - como pregonaron casi todos los economistas en el momento de su formulación - aunque haya ocasionado una presión verdaderamente 'imperial' sobre el resto del mundo. En verdad se trata de una política muy contradictoria, que no derivó de ninguna 'conspiración internacional' y ni siquiera de un sólido consenso interno. Por lo demás, no podía haber tal consenso cuando la Tesorería estadounidense tenía una política y el FED otra; cuando el personal de California abrigaba ciertas ideas y el personal del Middle West y de la Costa oriental otras totalmente diferentes. En resumen, como resultado de una intensa confrontación de intereses y de conflictos internos, los Estados Unidos aplicaron, y continúan aplicando, una política polifacética que implicó iniciar un proceso de recuperación económica de una peculiar naturaleza, casi inconcebible al despuntar el decenio de 1980.

En efecto, además del movimiento de restauración del prestigio político e ideológico, Reagan se propuso una cosa nunca vista, a saber, una política Keynesiana espuria, patas arriba, combinada con una política monetaria dura. Redistribuir el ingreso a favor de los más ricos, aumentar el déficit fiscal y subir la tasa de interés es una combinación explosiva de políticas económicas, tanto desde el punto de vista interno como internacional. A pesar de todo, esta política contradictoria tuvo como resultado la recuperación económica de los Estados Unidos en la medida en que este país consiguió influir sobre sus asociados para que desafiaran económicamente a sus adversarios.

Por otro lado, al mantener una política monetaria dura y forzar la supervaluación del dólar, el FED reasumió en la práctica el control del sistema bancario privado internacional y articuló en su provecho los intereses de un conjunto disperso. De hecho, ese sistema, a partir del vuelco anunciado por el Presidente del FED, seguido de la quiebra de Polonia, fue obligado en primer lugar a contraer el crédito punto menos que instantáneamente, con lo cual se estancó el ritmo de las operaciones en el mercado interbancario y, sobre todo, la expansión del crédito para los países de la periferia. La reducción de los préstamos fué aún más violenta después de la crisis de México, pues en esa ocasión el sistema bancario privado reaccionó con pánico y se refugió en las grandes plazas financieras. A partir de ese momento, el movimiento del crédito interbancario se orientó decisivamente hacia los Estados Unidos y el sistema bancario quedó bajo el control del FED. Y no sólo bajo el control de la política monetaria, que dicta las reglas del juego, así como las fluctuaciones de la tasa de interés y de cambio, sino también al servicio de la política fiscal norteamericana. Desde comienzos del decenio de 1980, todos los grandes bancos internacionales están en Nueva York, no sólo bajo el amparo del FED, sino también financiando obligatoriamente - porque no les queda más remedio - el déficit fiscal norteamericano.

Todo eso puede parecer muy extraño. Más la verdad es que hoy presenciamos la siguiente situación: los Estados Unidos registran un déficit fiscal de naturaleza estructural, y la imposibilidad de comprimirlo surge de sus propias políticas financiera y militar. Es creciente el componente financiero del déficit, por efecto simplemente del rodamiento de la deuda pública, lo que la ha hecho doblarse en apenas tres años. La deuda pública alcanzó en 1984 cerca de 1 300 000 millones de dólares, cifra cercana al total de

la circulación monetaria en el mercado interbancario internacional. Esta deuda es el único instrumento que tienen los Estados Unidos para realizar una captación forzosa de la liquidez internacional y para encauzar el movimiento del capital bancario japonés y europeo hacia el mercado monetario norteamericano.

Hasta 1981 sólo la política económica del Reino Unido apoyaba declaradamente a la moneda norteamericana. Los japoneses mantenían posibilidades reales de aplicar una política monetaria autónoma y se resistían a la adopción de políticas neoconservadoras apoyadas en el recetario monetarista. Varios otros países como Francia, Austria y las naciones del norte de Europa, hasta el mismo Brasil, intentaron resistirse al alineamiento automático con la política económica ortodoxa. Todos sabían claramente, de 1979 a 1981, que no debían alinearse y a pesar de todo fueron sometidos. Todos los países desarrollados del mundo, cualesquiera sean sus gobiernos - socialistas, social-demócratas, conservadores etc. - están prácticamente alineados en términos de política cambiaria, política de tasa de interés, política monetaria y política fiscal. Como resultado, el conjunto de las tasas de crecimiento, de las tasas de cambio y de las tasas de interés es concéntrico al desempeño de estas variables en el ámbito de la economía norteamericana.

En estas circunstancias, todos los países se han visto obligados a practicar políticas monetarias y fiscales restrictivas y a mantener superávit comerciales crecientes, que esterilizan su potencial de crecimiento endógeno y convierten sus déficit públicos en déficit financieros estructurales, inútiles para una política de reactivación económica.

Una experiencia impresionante y hasta dramática de alineamiento de la política económica ocurrió con el Japón. Durante todo el período de postguerra éste país fué el más heterodoxo en materia de política económica. Efectuaba inversiones con crédito de corto plazo y una política monetaria suelta; agrupó a su sistema empresarial con una estructura de riesgo aparentemente imposible; hizo poco uso del mercado de valores y de la deuda pública; en fin de cuentas, produjo su propio modelo nacional de desarrollo. Trató en 1975 de aplicar un plan de reajuste interno congruente con sus potencialidades, pero fué forzado progresivamente a abandonar todo eso y hoy está enteramente bajo la influencia de la dinámica de la economía norteamericana. El Japón no está realizando una política de desarrollo autónomo, salvo en lo que toca a la seguridad interna mínima de su sociedad. El Japón tiene la mayor parte de su capital bancario y multinacional atado a los proyectos de recuperación norteamericana, con excedentes exportables gigantescos, y sin posibilidad de retomar su tasa histórica de inversión y crecimiento. Esto significa que el mercado financiero japonés está irremediablemente atado al norteamericano, salvo algún accidente que podría ocurrir entre 1985 y 1987, si el sistema bancario norteamericano encontrara turbulencia y el dólar se devaluara abruptamente, el único punto donde todavía hay una posibilidad de ruptura capaz de desestabilizar la hegemonía norteamericana.

Hace algún tiempo atrás, todo llevaba a creer que los Estados Unidos habían perdido la capacidad para dirigir el mundo en forma benéfica. Todavía sigue siendo cierto. Pero, en cambio, los norteamericanos entre 1979 y 1983 dieron pruebas indiscutibles de su capacidad para ejercer su hegemonía y amoldar a todos los países, por conducto de la recesión, a su desideratum.

A partir de 1984, según las propias palabras de su élite financiera, están estableciendo una nueva división internacional del trabajo, y afirman ser la trade locomotive de la recuperación mundial.^{1/}

Un aspecto fundamental de ese proceso de restauración de la posición hegemónica de los Estados Unidos resalta al analizar las relaciones económicas internacionales de ese país. Entre 1982 y 1984 los Estados Unidos lograron doblar su déficit comercial en cada año, lo que, conjuntamente con la percepción de intereses, les permitió absorber transferencias reales de ahorro del resto del mundo, que sólo en 1983 totalizaron 100 000 millones de dólares y en 1984 deben haber sobrepasado los 150 000 millones. Por otro lado, sus relaciones de intercambio mejoraron y sus costos internos bajaron, ya que las importaciones que efectúan son las mejores y las más baratas de todo el mundo. Así, sin hacer ningún esfuerzo intensivo de ahorro e inversión, sin tocar su infraestructura energética, sin tocar su agricultura ni su vieja industria pesada, los Estados Unidos están modernizando su industria de punta con equipos baratos del tipo más avanzado y con los capitales de riesgo del Japón, de Alemania Occidental y del resto de Europa y del mundo.

La estructura del comercio norteamericano fue siempre simétrica y cerrada. Los Estados Unidos exportaban materias primas, alimentos, insumos industriales y bienes de capital, es decir, todos los renglones importantes del comercio internacional. Las relaciones económicas de los Estados Unidos con el resto del mundo podían encuadrarse en el esquema tradicional de centro-periferia. Necesitaban una división del trabajo internacional que los favoreciera

^{1/} Véase Morgan Guarantee Trust, World Financial Markets, septiembre de 1984.

en términos absolutos o relativos. El hecho sorprendente es que ahora están queriendo instaurar una división internacional del trabajo en su beneficio exclusivo. Después de haber exportado al resto del mundo durante más de dos decenios a través de las multinacionales el padrón tecnológico del sistema industrial norteamericano, usan su poder hegemónico para rehacer su posición como centro tecnológico dominante. Así, se aprovechan de sus bancos, del comercio y de las finanzas y las inversiones directas extranjeras para realizar el redeployment, pese a haber perdido la competencia comercial frente a las demás economías avanzadas e incluso de algunas semiindustrializadas.

Los Estados Unidos están ahora realizando fuertes inversiones en el sector terciario y en las nuevas industrias de tecnología de punta. Basta examinar la estructura de la inversión en 1983 y 1984 para apreciar la concentración extrema de los gastos en inversiones correspondientes al campo de la informática, la biotecnología y los servicios refinados. Los Estados Unidos no se interesan por sustentar su antigua estructura. Saben también que no tienen capacidad para alcanzar un gran auge a partir de la reforma de los sectores industriales que estuvieron a la vanguardia del crecimiento económico en la postguerra. Por el contrario, los Estados Unidos están concentrando esfuerzos en el desarrollo de los sectores de punta y sometiendo a la vieja industria a la competencia internacional de sus asociados.

Con sus enormes déficit comerciales y la reanudación del crecimiento, garantizan la solidaridad de sus socios exportadores, sobre todo el Japón y Alemania Occidental. Con sus altas tasas de interés real, afianzan la solidaridad de los banqueros. Y con los joint ventures dentro de los Estados Unidos, aseguran su posición de avance para el futuro, aparte ayudar en la recuperación de su economía nacional.

Cabe subrayar que la recuperación de la economía norteamericana se está efectuando con crédito de corto plazo y con un endeudamiento creciente. En la práctica los norteamericanos están aplicando la misma técnica que el Brasil y México aplicaron recientemente y que el Japón utilizó en el decenio de 1950. Al fin los Estados Unidos descubrieron la técnica latinoamericana y japonesa de desarrollo: financiamiento de la inversión a base de crédito de corto plazo, endeudamiento externo y déficit fiscal. Y como su moneda es hegemónica y está sobrevaluada, la economía estadounidense no tiene inflación. Por lo demás, este es un hecho que deja muy perplejos a los economistas, pues si valiese lo que dicen los monetaristas o los Keynesianos, o cualquier libro de texto tradicional, los Estados Unidos estarían ya experimentando una inflación galopante, en virtud del fantástico empuje de la demanda promovido por una aplicación heterodoxa de la política económica.

Un ejemplo de esta heterodoxia se relaciona con la política presupuestaria. Los Estados Unidos mantienen prácticamente estancado el gasto en bienes y servicios de utilidad pública, han aumentado el gasto en el sector de los armamentos y han recortado concomitantemente los gastos de bienestar. En síntesis, han trocado los gastos en bienestar social por armas y han efectuado una redistribución de los ingresos en favor de los ricos. Además, han reducido la carga tributaria que pesaba sobre la clase media y han eliminado casi por completo la incidencia de los impuestos sobre los intereses pagados a los bancos por concepto de compras de bienes de consumo duraderos. Propiciaron también depreciaciones aceleradas de los activos y el refinanciamiento de los pasivos de algunas empresas. En estas condiciones, el endeudamiento de las familias se ha convertido en excelente negocio, porque parte de la carga financiera de la deuda se descuenta del impuesto sobre

la renta. Así pues, se ha tomado crédito a corto plazo y en gran escala para respaldar la compra de casas y de bienes de consumo duraderos. Asimismo se han financiado inversiones en el sector terciario y en la industria de punta que no requieren un período de gestación muy prolongado y cuya tasa prevista de rentabilidad es muy superior a la del interés nominal, que acusa una tendencia descendente. Esta baja de la tasa de interés se debe aparentemente a tres motivos ligados entre sí: la absorción de liquidez internacional, la posición menos ortodoxa del FED y la caída de la inflación. Esta última por su parte se debe al descenso de los costos internos, a consecuencia de la sobrevaluación del dólar y a la competencia de las importaciones, que se han traducido en un mejoramiento de la relación de precios del intercambio favorable al poder de compra de los asalariados.

Muchos esperaban que a partir de 1983 los Estados Unidos revertirían su posición superavitaria final del balance de pagos, ya que desde 1982 los ingresos de los capitales norteamericanos en el exterior no cubren el déficit norteamericano de la cuenta corriente. Sin embargo, no fue así, porque las entradas de capital extranjero se encargaron de cubrir holgadamente ese déficit. También aumentó la inversión en capital de riesgo. Tan sólo el Japón, por ejemplo, invirtió 10 000 millones de dólares en el período de recuperación y ya proyecta invertir otros 40 000 millones hasta el final de la década. Alemania Occidental, por su parte, debe haber invertido alrededor de 8 000 a 9 000 millones de dólares, aunque no tenemos las cifras exactas de ese total. En suma, toda Europa y el Japón están invirtiendo en los Estados Unidos; en lo que toca a estos últimos, hicieron retornar parte de los capitales de las filiales de las multinacionales norteamericanas que no tenían capacidad de mayor expansión en el resto del mundo. Por

último, mientras la periferia está estancada y el resto del mundo crece a un ritmo de 1 al 2%, los Estados Unidos están creciendo a una tasa de 7 a 8% en los últimos años.

Apoyándose en este enorme flujo de capitales, los Estados Unidos pudieron mantener un déficit comercial cuyos límites no son aún visibles. De 30 000 millones en 1982 ha subido a 60 000 millones en 1983 y saltó a más de 120 000 millones en 1984. En 1985 bien podría llegar a los 200 000 millones y seguir aumentando, si no ocurre una desaceleración deliberada de la economía norteamericana, simplemente porque hay capital sobrante en el mundo. Este exceso de capital y de 'ahorro externo' se debe a que el resto del mundo acata una política conservadora, sea cual sea el tipo de gobierno. En verdad la sincronización de las políticas ortodoxas ha obligado a todos los países a mantener en bajos niveles sus tasas de inversión y de crecimiento y a forzar la de las exportaciones. Como reflejo del ajuste forzado, todos los países del mundo registran superávit en el balance comercial. Todos menos los Estados Unidos.

Ellos abren su economía y al hacerlo provocan una masiva transferencia de ingresos y de capitales desde el resto del mundo hacia los Estados Unidos. Un aspecto muy importante es que esto permite cerrar el déficit estructural financiero del sector público. Todo pasa como si cada vez que el FED colocara títulos de la deuda pública en el mercado, tuviese la certeza de que esos títulos serán absorbidos por todas las estructuras bancarias y todos los rentistas del mundo. El hecho esencial es que todo el mundo está financiando no sólo a la Tesorería norteamericana, sobre todo a su componente financiero, sino también a los consumidores e inversionistas norteamericanos. Esta vez, y al contrario de lo que

sucedió en el decenio de 1970, ha ocurrido una transferencia de ahorro real y no sólo de créditos, liquidez, o capital especulativo.

Otra cuestión que conviene aclarar se relaciona con la influencia de la tasa de interés sobre la inversión. Mucha gente afirma que el elevado nivel de la tasa de interés real terminará, tarde o temprano, por frenar el gasto de inversión. Yo quiero advertir que los norteamericanos no están financiando la inversión a través del mercado de capitales. No hay mercado de capitales nuevos; el mercado que importa hoy es el monetario. Los norteamericanos - vale reafirmar - están sustituyendo el tradicional endeudamiento de largo plazo (a través de la emisión de debentures, equities, etc.) por el crédito de corto plazo, o están utilizando recursos propios y capital de riesgo. Por otro lado, esta situación, evidentemente, pone en peligro a muchas compañías antiguas y al valor de sus acciones y debentures. Si una gran empresa quisiera lanzar, como intentaron varias recientemente, una emisión de varios miles de millones en el mercado de valores, en una semana la misma compañía se vería obligada a readquirirlos, pues de lo contrario caería el valor de sus acciones. Vale decir, el único riesgo real que los Estados Unidos están corriendo es el de sufrir una devaluación brutal de las antiguas empresas cuyas acciones están cotizadas a un valor distinto del efectivo. Al pasar, cabe señalar que los grandes bancos que se dedicaron a las inversiones en las ramas productivas antiguas, o en la energía y la agricultura, pasaron y pasan todavía por serios apuros. La quiebra técnica del Continental Illinois ofrece un claro ejemplo. Por otra parte, todos los que invirtieron en California, en el Silicon Valley, y en los servicios, están en situación muy favorable.

Retomando el hilo del argumento principal, no hay mercados de capitales strictu sensu en los Estados Unidos. El mercado que importa es el del dinero. El open u overnight market de ellos no es menos insensato que el nuestro, aunque sea una insensatez controlada por el FED y no la locura 'invertida' de los brasileños. La deuda pública de ellos tampoco es menos insensata que la nuestra, pero es provechosa, ya que está siendo financiada con la afluencia de todos los capitales bancarios del mundo hacia los Estados Unidos, lo que obviamente no ocurre con nuestra deuda pública. Mientras nosotros (los brasileños) estamos obligados a resolver el problema interno del financiamiento público a costa de inflación y de la elevación dramática de los intereses internos, los Estados Unidos ya no sufren ninguna presión en ese sentido. Su tasa de interés puede bajar siempre que mantenga una ligera diferencia con la de los países europeos. Puede así afirmarse, a la luz de los acontecimientos de 1984, que la confianza en el dólar derivada de la victoria del Presidente Reagan y de la "solidaridad reforzada de los banqueros internacionales" difícilmente podrá abatirse. Fue así como no ocurrió la devaluación del dólar incluso con una política monetaria más timorata del FED y con el aumento del déficit norteamericano. Por el contrario, son los bancos centrales europeos los que se dedican desde fines de 1984 a tratar de evitar la devaluación de sus propias monedas. El Reino Unido acaba de pagar los servicios que prestó a los Estados Unidos con la mayor devaluación de la libra jamás registrada en una semana.

Los Estados Unidos no necesitan resolver su problema de financiamiento interno mientras la tasa de crecimiento de los países europeos sea inferior a la norteamericana, ya que no hay la menor posibilidad de que los capitales del resto del mundo resuelvan invertir preferentemente en sus países de origen mientras estos

no retomen tasas estables de crecimiento. Hasta ahora están invirtiendo de preferencia en los Estados Unidos y las políticas nacionales se destinan exclusivamente a asegurar las estructuras productivas industriales y, en el caso del mercado común europeo, también las estructuras productivas de alimentos. Los países de Europa no han formulado, desde el ajuste recesivo, ningún plan para restablecer sobre bases sólidas su crecimiento económico global. Apenas actuaron individualmente y trataron de protegerse contra la invasión japonesa de sus mercados. Sin embargo, al propio tiempo que la competencia intercapitalista se acentúa en el resto del mundo, se registra un fantástico aumento de la eficiencia en las industrias modernas del Japón y en algunos países de Europa. Y como ya vimos anteriormente, los Estados Unidos se están aprovechando de esta situación para modernizar su estructura productiva a costa del resto del mundo, incluso de la periferia latinoamericana, que les ha transferido en los últimos años casi 100 000 millones de dólares por concepto de intereses y pérdidas de la relación de intercambio.

La respuesta europea y japonesa ha sido forzosamente de alianza con los Estados Unidos; pero está por verse su destino de largo plazo como periferia del centro.

La arrogancia con que el informe Morgan considera como zona privilegiada de interés estadounidense a su "base ampliada en el Pacífico", que comprende el Canadá, México, Japón y los países asiáticos de industrialización reciente, está preocupando seriamente a Europa. Esta continúa paralizada, por razones de seguridad, por las relaciones estratégicas de alineamiento automático con los Estados Unidos, y por razones económicas debidas a su propia incapacidad de poner en práctica una política económica común, para

comenzar con la monetaria. El Reino Unido y Alemania Occidental, cada uno a su manera, representaron un papel decisivo en la derrota de los proyectos de la social-democracia en Europa y la Francia socialista sucumbió melancólicamente en sus proyectos nacionales.

Esperamos que cuando reaccionen políticamente no sea tarde y estén condenados al papel de segunda periferia de los Estados Unidos.

Si los Estados Unidos consiguen mantener su actual política con el mismo vigor hasta 1988 sin provocar un derrumbe financiero interno o internacional (posibilidad que se vuelve cada vez más remota), habrán completado un decenio - de 1978 a 1988 - de absorción de liquidez, de capitales y de crédito del resto del mundo. Habrán cumplido también un quinquenio de crecimiento a costa del estancamiento relativo de sus competidores capitalistas más importantes. Habrán financiado la modernización del sector terciario y la remodelación de su parque industrial aprovechando las economías externas del resto del mundo. Así pues, la reanudación de la hegemonía terminaría por convertir a la economía norteamericana en una economía céntrica y no sólo dominante. Cualquier semejanza con la Inglaterra del siglo XIX es sólo analogía sin fundamento, dado el peso continental de los Estados Unidos y la existencia de la Unión Soviética.

Los problemas estructurales que los Estados Unidos tienen aún que resolver y que no pueden solucionar con deudas y capitales de corto plazo se relacionan con el ajuste de su infraestructura básica. Ello requiere un proceso previo de consolidación bancaria y de restructuración de la deuda interna norteamericana.

Comparadas con el volumen de la deuda norteamericana y su déficit fiscal, las deudas del Tercer Mundo no son más que una gota de agua. En 1982 perdimos la iniciativa y la capacidad de presión sobre los bancos norteamericanos. Si ocurriera una remodelación de la estructura financiera, y sólo entonces, los Estados Unidos podrían dejar que el dólar se deslizara otra vez. Si el dólar se devalúa antes que eso ocurra, se producirá evidentemente una fuga masiva de capitales y, en consecuencia, el sistema financiero norteamericano podría quebrar. Es por ello que, a menos que no lo puedan evitar, los Estados Unidos no deben permitir que el dólar se devalúe considerablemente por lo menos hasta 1988.

De confirmarse estas hipótesis y los Estados Unidos reformaran las relaciones del FED y de la Tesorería con los bancos, el Brasil y los demás países latinoamericanos estarían condenados a renegociar la deuda externa año tras año, si no se tomaran providencias individuales y colectivas de cooperación para enfrentar ese estado de cosas. En cualquier hipótesis, el Brasil se verá forzado a pagar por lo menos en parte los intereses que debe a los banqueros internacionales y a tentar capitalizarse en otra parte. El esfuerzo exportador que viene desplegando en años recientes no es algo nuevo, pero sí se ciñe a un padrón totalmente distinto al que prevaleció hasta 1978.

En efecto, en el decenio de 1970, en particular en el período de endeudamiento caótico que se inició en 1977, el Brasil efectuó un enorme esfuerzo de exportación y logró diversificar su estructura de comercio exterior. En ese período, la balanza comercial brasileña registraba un superávit con relación a América Latina, Africa y el área socialista, y deficitaria sólo con los países del Medio Oriente. En relación con Estados Unidos y Europa, la

posición comercial brasileña era relativamente equilibrada hasta 1978. De ese año a esta parte, comenzó a enfrentar una violenta desestabilización en los mercados internacionales de monedas no convertibles que lo obligó, especialmente a partir de 1982, a transformar enteramente a la estructura del intercambio. Pasó a la condición de superavitario en escala creciente con los Estados Unidos y con Europa, y está más o menos en equilibrio comercial con el resto de las áreas a las cuales exporta, aparte de estar realizando un violento esfuerzo de sustitución del petróleo.

Si los Estados Unidos quieren que Brasil pague la cuenta de servicios deben dejar que él acumule un superávit comercial equivalente al monto de los intereses debidos. En verdad, no está ocurriendo así, puesto que Brasil está manteniendo un superávit con los Estados Unidos superior a la remesa de intereses a los banqueros norteamericanos, aunque inferior al total de pagos al conjunto del sistema bancario internacional. Esta es evidentemente una situación insostenible, tanto para Brasil como para los banqueros europeos. Cuando el superávit de este país con los Estados Unidos deje de crecer por fuerza de la desaceleración de la economía norteamericana, y el crecimiento del superávit con Europa y el Japón no lo compense (por las bajas tasas de crecimiento, el proteccionismo y la valorización continua del dólar) sólo le quedará al Brasil la alternativa de negociar duramente. Incluso una política conservadora y recesiva resultará inútil dados los bajos niveles y coeficientes de importación ya alcanzados.

Evidentemente el problema del proteccionismo sigue planteando otra fuente importante de conflicto, pero los Estados Unidos estarán dispuestos a ceder hasta el límite que necesiten para

pagar los intereses que deben a sus banqueros. Aún así, difícilmente Brasil conseguirá mantener un superávit con los Estados Unidos superior al monto total de intereses. Si renegociara la deuda y fuera menor la cantidad de intereses por pagar, entonces sería automáticamente menor el superávit. Esto implica que las perspectivas de crecimiento de las importaciones dependen de una tenaza: las condiciones de renegociación de la deuda y el proteccionismo norteamericano y europeo. En suma, estamos enteramente sometidos a la política económica norteamericana en materia de política de exportación, política cambiaria y política de endeudamiento.

Por este motivo, la política cambiaria aplicada en los últimos dos años ha desconsiderado enteramente la estructura de los precios de las exportaciones y su efecto sobre la inflación y las relaciones del intercambio. El Brasil ha efectuado devaluaciones cambiarias más allá de lo que necesita en función de la estructura de sus precios internos, exclusivamente para poder competir. Al contrario de lo que se ha dicho, en función de la estructura interna de costos de las exportaciones está devaluando excesivamente y por eso pierde en la relación de precios del intercambio. O sea, una vez más se ve obligado a hacer lo contrario de los Estados Unidos.

Los Estados Unidos no van a abandonar (ni pueden hacerlo) la relación especial que mantienen con Japón, Alemania Occidental, Canadá y México, pues se trata de espacios económicos y políticos que necesitan controlar de alguna manera. En mi opinión, los países del Cono Sur no son importantes para la estrategia de crecimiento del comercio norteamericano. El Brasil, en algunos mercados es proveedor de segunda línea de productos agrícolas, en los espacios abiertos por las fluctuaciones cíclicas de la oferta

norteamericana. Y es ahí donde se producirá la competencia más aguda y conflictiva si este país pretende mantener su posición en el mercado internacional a largo plazo. Los textiles, el calzado, la metalurgia y las máquinas son sectores en que tendrá que enfrentar la pugna de los demás países por el mercado norteamericano. Desde el punto de vista de la inversión directa norteamericana, los sectores protegidos ya fueron pública y reiteradamente anunciados. Los Estados Unidos tienen un interés prioritario en los sectores de la informática, los bancos y los armamentos, sectores sobre los cuales quieren mantener una hegemonía irrefutable y que presentan las mayores posibilidades de expansión a largo plazo para los capitales norteamericanos ya asentados en el país.

Fuera de estas áreas contenciosas, queda por saber si el Brasil será capaz de comportarse como un deudor soberano y renegociar su deuda externa sin ceder en sus intereses y sin crear falsas expectativas psicológicas, irrealizables en la práctica, y que dejarían aún más frustradas a la población. Lo que es intolerable, sin embargo, es no reconocer el derecho a la sobrevivencia y a la capacidad de autodeterminación, so pretexto de alineamientos automáticos, falsas hipótesis sobre la importancia del Brasil y su relación preferencial con los Estados Unidos.

La llamada "arrogancia ingenua del nacionalismo mestizo" está desapareciendo, a pesar de los esfuerzos de los conservadores por reavivarla como espantajo. País soberano es aquel que reconoce la realidad mundial, pero no se deja intimidar por ella, eligiendo opciones correctas y negociando con seriedad y responsabilidad en un intento por superar los límites del presente y abrir espacio al futuro.

Traducción del portugués

